Revista

de

Ciencias Económicas

PUBLICACION MENSUAL DE LA

Facultad de Ciencias Económicas, Centro de Estudiantes y Colegio de Graduados.

La Dirección no se responsabiliza de las afirmaciones, los juicios y las doctrinas qua aparezcan en esta Revista, en trabajos suscriptos por sus redactores o colaboradores.

DIRECTORES:

Dr. Nicolás A. Avellaneda
Por la Facultad

Juan José Silva
Por el Centro de Estudiantes

Néstor B. Zelaya
Por el Centro de Estudiantes

REDACTORES:

Dr. Alejandro M. Unsain
Dr. Jorge Cabral
Por la Facultad

Luis Moreno
Eugenio A. Blanco
Por los Graduados

Juan B. Courbet
Armando Luis Raggio
Por el Centro de Estudiantes

ADMINISTRADOR: Bernardo J. Matta

Año XI **Octubre de 1923** **Serie II. Nº 27**

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CHARCAS 1835
BUENOS AIRES

Vilfredo Pareto y la teoría del equilibrio económico

Cuando conocí por los diarios, sorprendiéndome y casi asustándome un poco, mi designación para conmemorar a Vilfredo Pareto, lo primero que se me ocurrió fué que yo no tenía ninguno de los títulos que razonablemente podrían considerarse como habilitantes. Lo primero y lo último: sigo pensando ahora lo que creí entonces.

No he conocido, sino muy fugazmente, al Hombre, no conozco, sino de lejos, fragmentaria e imperfectamente, la Ciencia de la cual él ha sido uno de los representantes más ilustres de su generación y hacia la cual solo me atrae de tarde e tarde una curiosidad no siempre satisfecha.

Si no por eso pensé rehusar, ello se debe a varias razones, entre las cuales prima esta: que si fuera posible hacer el análisis cuantitativo de nuestra constitución mental, determinando el origen de nuestros hábitos lógicos y de nuestra actitud frente a los problemas del pensamiento, si fuera posible esto, digo, y se hiciera en lo que a mí me concierne, se hallaría un residuo paretiano, que, a no dudarlo, no bajaría de un por ciento de varias unidades.

Me parecería faltar a la gratitud que yo debo al Hombre ilustre que descansa ahora cerca de la ciudad de Lausana, de la cual ha sido por tantos años huésped familiar y respetado, o bajo el cielo de la Génova de sus padres, si no hiciera lo que mis fuerzas consienten que yo haga para recordarlo en esta casa, en la cual por otra parte su nombre y su obra no son desconocidos.

No lo son, hace tiempo, desde que mis colegas, los doctores Gondra y Nireustéin, dan en sus cursos a la obra de Pareto el lugar que le corresponde en toda exposición de la eco-

nomía. Pero, y precisamente por eso, no es con el examen del contenido doctrinario de esa obra que yo quisiera empezar: es con el hombre, que ella define con rasgos inconfundibles, no únicamente en lo que atañe a su forma mental, y a su manera de pensar respecto a muchas cosas que van más allá o se quedan más acá de la economía, sino a sus simpatías y antipatías. A sus antipatías, sobre todo, que fueron muchas.

Observa Pareto en su *Trattato di sociologia generale* que las condiciones en las cuales se desarrolla la producción influyen sobre la psicología de los productores, que determinan. En las industrias de costos crecientes, del tipo de la agrícola, la seguridad de los resultados conseguidos, los obstáculos a todo progreso, hacen que sea frecuente la llamada psicología del paisano, es decir de un hombre ecónomo, trabajador, apegado a la tradición, poco amigo de novedades. En las industrias de costos descrecientes, entre las cuales son típicas las manufactureras, en las cuales un éxito inicial es causa de nuevos éxitos y las posiciones adquiridas no lo son nunca definitivamente, se encuentra con frecuencia la psicología del hombre de negocios, lleno de confianza en sí mismo y en el progreso, amante de novedades, arriesgado, deseoso siempre de extender la producción de vencer a los competidores de concentrar a las empresas.

Se presentan así dos psicologías distintas, el prevalecer de la primera de las cuales en una sociedad determina el prevalecer de lo que Pareto llama la fuerza de persistencia de la sociedad, mientras que el prevalecer de la segunda, o en los términos de Pareto, del instinto de las combinaciones, opera en el sentido de modificar el agregado social. Es al instinto de las combinaciones que debemos el progreso social, desde que un número muy grande de fenómenos nace de la tendencia a combinar ciertas cosas. El sabio, p. e.: combina según ciertas normas hipótesis vistas, a veces razonablemente, a veces al azar: tenemos así la combinación científica fuente de invención. En general toda innovación, todo progreso en cualquier rama de la actividad humana es manifestación de este instinto, que representa la inteligencia y la fuerza innovadora.

Inversamente, la persistencia de las agrupaciones representa la fuerza por la cual las combinaciones ensayadas se hacen estables y constituyen un patrimonio socialmente adquirido. Los sentimientos de familia, de propiedad, de patriotismo, de amor a los muertos, al propio idioma, a la propia religión, a los com-

pañeros, al culto, son manifestaciones de esta fuerza y se resuelven en el apoyo de los hombres a otros hombres, a los lugares, a la sociedad en la cual viven y en el permanecer de las relaciones de los vivientes con los muertos y con las cosas que fueron de los muertos. Tomados en conjunto estos sentimientos que se resuelven en amor por la uniformidad en misoneísmo en sentimiento de jerarquía, representan una fuerza de conservación social.

En toda sociedad hay individuos en los cuales prevalece el instinto de las combinaciones e individuos en los cuales prevalece la fuerza de persistencia. No podríamos identificar los primeros y los segundos con los que en la política llaman respectivamente progresistas y conservadores.

Las designaciones conservadores y progresistas son términos intelectuales, que se refieren a contrastes de ideas cuando no nacen de intereses de clase, y las ideas tienen muy poca influencia sobre la acción. El prevalecer del instinto de las combinaciones o de persistencia del conjunto depende al contrario de las cualidades psicológicas, de lo que llamamos el carácter, que tiene al contrario mucha importancia para la acción. El carácter puede estar en el contraste más absoluto con las ideas.

Es este contraste que revelan las obras de Pareto.

Científicamente es un innovador, o, para usar su terminología, un combinador. Lo es, en parte, por razones exteriores. No llega a la economía por el camino, usual en los países latinos, de los estudios de derecho. Es un ingeniero que aplica a la economía sus hábitos mentales y sus conocimientos de ingeniero, felizmente integrados por una cultura histórica y literaria muy vasta. Las dos concepciones que, como veremos, dominan su obra y lo llevan a una ordenación completamente nueva de la materia de la economía: el método de las aproximaciones sucesivas y el principio de la interdependencia, son tomadas la primera de las matemáticas y de las matemáticas aplicadas a la física y a la mecánica, la segunda de las matemáticas, y trasplantadas en el campo de la ciencia social.

Y al lado del Pareto intelectualmente innovador y renovador, que quiere estudiar las ciencias sociales con la misma mentalidad y la misma impasibilidad con la cual estudiamos las ciencias naturales, hay otro del cual bien podemos decir que "no puede con el genio" si es que atribuímos a la palabra genio su sentido más hondo, que la relaciona con el carácter

y la tradición de la gente, de la cual venimos. Es el segundo hombre, en el cual habla y por el cual actúa el instinto de la conservación del agregado.

Vilfredo Pareto, marqués y millonario, nace en París en el destierro del padre republicano, y, porque tal prófugo del Reino de Piamonte. Se educa parcialmente en Francia, para pasar a los 10 años a Italia y de Italia a Suiza, ya entrado en años, 1892, llamado a ocupar la cátedra de Walras en Lausana. Italiano republicano y aristócrata se conservó toda su vida.

Muchas de las notas de su *Cours* evidencian el amor dolorido con el cual sigue desde afuera la vida de su pueblo y el desgobierno que de él hace la gente nueva, los politicastros de las izquierdas.

Ha habido gente de bien, escribe en su *Manuel de Economía,* y también algún hipócrita, algún lobo con piel de cordero que, sin contestar de ninguna manera la verdad de los hechos recordados por mí, me reprocharon de haberlos contado. Por qué he dicho la verdad sobre los "policanti" que desgarraban a Italia se me ha inculpado de haber dicho mal de Italia. Esta miseria no me toca, y me río de ella, repitiendo los versos de Boileau:

> Qui méprise Cotin, n'estime point son roi
> Et n'a, selon Cotin, ni Dieu, ni foi, ni loi.

La burguesía del anteguerra que sin luchar y más bien simpatizando, dejaba que aumentara el poder político de las clases inferiores y progresara su organización tendiente a imponer a la sociedad un derecho nuevo o, cosa más inmediata, a impedir las sanciones del derecho existente en cuanto ellas pudieran no serles favorables, le parece, son sus palabras "estúpidamente vil".

"Bajo nuestros ojos, escribe, en Francia, donde más progresos ha hecho la democracia, se han presentado cambios notables en la segunda mitad del siglo XIX. Los sentimientos religiosos parecen haber aumentado de intensidad; pero en parte han cambiado forma, y una nueva religión jacobino-socialista ha conseguido una vida floreciente. Se pueden observar las modificaciones siguientes en los sentimientos morales: 1.° un aumento general de piedad morbosa, a la cual se dá el nombre de humanitarismo; 2.° más especialmente un sentimiento de piedad y también de benevolencia para los malhechores mientras crece la indiferencia para los males de la gente honrada víctima

de los malhechores; 3.° un aumento muy notable de indulgencia y de aprobación para el libertinaje de las mujeres.

Los hechos que se relacionan con estos cambios son: 1.° el aumento de la riqueza del país, que permite disipar una parte de la riqueza pública en el humanitarismo y la indulgencia hacia los malhechores; 2.° la mayor participación de las clases pobres en el gobierno; 3.° la decadencia de la burguesía; 4.° el estado de paz no interrumpido por treinta y cuatro años.

Se comprende que el fascismo italiano viera en Pareto a un teorizador de su acción y lo llamara, entre los primeros, al Senado del Reino.

* * *

Ya he observado que las dos concepciones de las aproximaciones sucesivas y de la interdependencia llevan a Pareto a una ordenación nueva de la materia de la economía. No afirmé con eso, porque habría sido incierto, que a él se deba su introducción en la economía. De hecho la economía pura, en cuanto parte de la hipótesis hedonista que considera reflejar una realidad típica en el carácter humano sin excluir la simultánea realidad de la acción de otras causas morales, constituye una primera aproximación de un fenómeno mucho más complejo y cuyo estudio es susceptible de aproximaciones ulteriores. Porque haciendo así, la economía, antes que estudiar todas las causas de la actividad humana (supuestas de naturaleza diversa y comprobadas como tales) discierne mediante abstracción lógica una causa determinada, y descompone un fenómeno complejo en sus elementos, emprendiendo así su estudio de una manera aislada y revelando, pero con perfecta exactitud, un solo lado del mundo empírico (Pantaleoni, trad. Gondra, pág. 19).

Interpretación esta del postulado hedonista que ya encontramos en Stuart Mill, al cual debemos por otra parte teoremas que constituyen ejemplos de interdependencia. Tomo uno al azar, sin querer afirmar con ello que otros ejemplos análogos no puedan hallarse en economistas anteriores.

¿Tiene la tasa de interés algún vínculo con la cantidad de moneda disponible o con su velocidad de circulación o con el necesario que de aquella se tiene como instrumento de los cambios, esto es, con el valor y el poder adquisitivo de la moneda en un momento y lugar dados?

Si con 100 pesos se compra un bien fructífero de 6 pesos anuales, una baja o un alza en el valor de la moneda, que hace variar el valor capital del bien fructífero obra en el mismo sentido y en la misma medida sobre el valor del rédito. Pero esto observado, corresponde observar también que una variación en la cantidad de la moneda disponible, y por ende en su valor, puede transitoriamente influir sobre la tasa del interés, en cuanto el capital que espera inversión existe en forma de moneda. Supóngase una depreciación de la moneda; la cantidad disponible de capital permanecerá invariada, pero en la oferta, siendo ésta en moneda, se tendrá un poder adquisitivo menor que antes, vale decir, habrá una cantidad menor de capital real, o bien, en cuanto a la demanda, por la elevación de los precios, el capital será requerido en cantidad mayor que antes. Luego: la tasa del interés variará en sentido opuesto al valor de la moneda, subiendo si esta baja, y viceversa. (Pantaleoni, l. c., pág. 342).

El teorema, y su demostración, ofrecen al mismo tiempo un ejemplo de interdependencia y de la aplicación del método de las aproximaciones sucesivas: en una primera aproximación admitimos que la tasa de interés sea independiente del valor de la moneda; en una segunda aproximación consideramos una acción que no es menos real por el hecho de ser de carácter secundario.

Ningún libro anterior al *Cours* parece realizar como éste, sin embargo, el bonito ensueño de una construcción de la economía que, partiendo de una primera aproximación — la economía pura del primer libro — la completa en libros ulteriores, dedicados a la economía aplicada y a la descripción de la vida económica, y llega a tomar un contacto efectivo con los hechos en cuya correspondencia con la teoría da la demostración de la bondad de ésta.

Bonito ensueño y de realización sólo aparente, en el examen del cual vale la pena que nos detengamos un instante.

La economía pura supone que la posesión de las cosas o de ciertas cosas, los bienes, representa para nosotros una satisfacción, o placer, que podemos medir de alguna manera, aun no sea más que en el mismo sentido según el cual medimos la temperatura, caracterizándola por medio de índices, que en el caso particular de la temperatura son longitudes, satisfacción que resulta determinada, para cada uno de nosotros, si indicamos las cantidades que poseemos de cada bien. Supone ade-

más que nuestras acciones tienden a asegurarnos un máximo de placer. Estamos dispuestos a dar en todo o en parte los bienes que poseemos o a transformarlos materialmente en otros, o a renunciar a su goce inmediato, con tal de recibir o de producir algo que nos dé una satisfacción mayor, inmediata o prevista. Operando con la noción de precios que representan variables auxiliares útiles y eliminables de nuestros razonamientos, siempre que lo querramos se nos presenta el esquema de un grupo de consumidores, que disponiendo de ciertas cantidades de bienes, los capitales iniciales, compran y venden a ciertos y determinados precios. Incluímos entre los bienes los servicios personales; un grupo de productores que trasformando materias primas consiguen nuevos productos (capitales nuevos), a veces simplemente transportándolos de un lugar a otro, desde que a bienes disponibles en lugares distintos pueden en realidad corresponder satisfacciones distintas, y constituyen por tanto bienes distintos; un grupo de capitalistas que no consumen la totalidad de los bienes poseídos por ellos y los prestan a consumidores y a productores.

El problema de la economía será el de determinar las cantidades cambiadas, transformadas, ahorradas, prestadas y el precio de cada bien y de su uso. Para fijar las ideas suponemos 10 consumidores y 6 mercaderías y un mercado en el cual sólo se realizan operaciones de compra y venta entre los que se encuentran en él; excluímos, es decir, la producción así como la importación o exportación de bienes. Si una de las mercaderías sirve, como suponemos, de numerario, habrá que determinar 5 precios, desde que es conocido e igual a 1 el precio de la unidad de numerario. Dado además las cantidades de cada uno de los 6 bienes poseídos por cada uno de los 10 consumidores al empezar las operaciones habrá que determinar las cantidades de cada bien poseídas por cada consumidor al concluir las mismas. Son 6 cantidades que habrá que determinar para cada uno de los 10 consumidores y por lo tanto 60 incógnitas, que añadidas a las 5 ya indicadas nos dan un total de 65 incógnitas. Si los consumidores fueran 1000 y los bienes 100 tendríamos análogamente que determinar 99 precios y 100 cantidades poseídas al concluir las operaciones por cada uno de los 1000 consumidores: las incógnitas serían pues 100.099. Para definir nuestras incógnitas precisamos otras tantas ecuaciones, y éstas son distintas según que los consumidores son incapaces de influir directamente sobre los precios de mercado en sentido que les sea

favorable y aceptan los precios cuales son, o ciertos consumidores tienen una acción directa sobre ciertos precios. El primero es el caso de la libre concurrencia, tratado Por Walras, el segundo el caso más general tratado por Pareto. Llegamos a las ecuaciones, que corresponden al caso más sencillo de la libre concurrencia, observando ante todo que las cantidades de bienes existentes sobre el mercado al empezar y al concluir las operaciones son iguales, desde que se trata de un mercado cerrado: a cada mercadería o bien corresponderá una ecuación que precisamente expresa la igualdad entre el número de unidades de la misma existentes al iniciarse y al cerrarse las operaciones. Son 6 ecuaciones, si los bienes son 6. Por otra parte quien compra o vende las cosas en un régimen de libre competencia no realiza ganancias. Si tenía cien pesos al empezar las operaciones, tendrá 100 pesos o cosas por el valor de 100 pesos al concluir las mismas: y las ecuaciones que expresan la constancia de los saldos de los diferentes balances son tantas, cuantos son los consumidores menos 1, dado que el último no puede ganar o perder si ninguno de los demás pierde o gana. Son 9 si suponemos que hay 10 consumidores. Tenemos $9 + 6 = 15$ de las 65 ecuaciones, que precisamos. Obtenemos las 50, que todavía faltan, recordando que cada uno de nosotros sigue cambiando un bien por otro hasta donde la satisfacción causada por lo que conseguimos exactamente compensa el sacrificio consistente en renunciar a la satisfacción que podríamos obtener de lo que damos. Si damos nueces, p. e., para conseguir cigarrillos, puede ser que estemos dispuestos a dar 20 nueces por el primer cigarrillo, en lugar de las 5 que suponemos corresponder a los precios de mercado: las 15 nueces, que ahorramos, constituyen una renta del consumidor. Pero conseguidos unos cigarrillos y parcialmente agotada nuestra reserva de nueces, nos parece indiferente dar cinco nueces por un nuevo cigarrillo o quedarnos con las cinco nueces: el placer que nos daría un nuevo cigarrillo equivale a la satisfacción a la cual renunciamos por el hecho de dar las nueces. Si suponemos que una nuez valga medio centavo y un cigarrillo dos y medio, quiere esto decir que el cambio se detiene cuando para nosotros la satisfacción correspondiente a un nuevo cigarrillo o a una nueva parte de cigarrillo y la correspondiente a una nuez más están en la misma relación que los precios respectivos. O, si rompemos nuestra operación de cambio en dos operaciones, de venta una, de compra la otra, seguimos comprando o vendiendo mientras la satisfacción causada por la úl-

tima unidad comprada o vendida no iguale la satisfaccón correspondiente a la cantidad de moneda que damos o recibimos por ella, que, si se trata de cantidades pequeñas,es igual al producto del precio unitario por la satisfacción correspondiente a una unidad de moneda. Como, por hipótesis, hay 6 mercaderías, una de las cuales sirve como numerario, son las 5 ecuaciones correspondientes a cada uno de los 10 consumidores y por ende $5.10 = 50$ ecuaciones. En forma análoga trataríamos el problema correspondiente al caso más general. que no excluye la existencia de condiciones de monopolio, así como el problema de determinar, en el caso de la producción, las cantidades producidas y los precios de los bienes producidos y, en el caso de la capitalización, las cantidades ahorradas y el precio pagado para el uso del ahorro, o finalmente, el problema que abarca a todos estos problemas particulares, de determinar a un mismo tiempo las cantidades cambiadas, transformadas en la producción, ahorradas y los precios de los diferentes bienes existentes o producidos o de su uso. Siempre contaríamos cuántas cantidades hay que determinar y estableceríamos otras tantas ecuaciones. De la igualdad de estos dos números, de ecuaciones y de incógnitas, deduce la escuela de Lausana la consecuencia de que el problema económico es determinado, y por ende, de que una ciencia de la economía es posible. Es esta una consecuencia que tendría que ser fundada en el examen previo de la naturaleza de las ecuaciones de la economía y que no parece bien demostrada. La teoría algebraica de los sistemas de ecuaciones de forma arbitraria no existe: existe únicamente, que yo sepa, una teoría de los sistemas de ecuaciones lineales. En el caso de ecuaciones lineales no puede afirmarse que si existen tantas ecuaciones tantas son las incógnitas éstas resultan determinadas. Lo son si las ecuaciones son independientes, eso es, si una o varias ecuaciones del sistema no pueden ser deducidas operando sobre las otras, y la teoría ofrece la posibilidad de investigar en cada caso si las ecuaciones del sistema son, o no son, independientes. Es sobre esta teoría que se funda el examen de cuando n relaciones o ecuaciones entre $n + p$ variables Y_1, y_n, x_1, πx_p definen implícitamente las n variables y en función de las p variables x, examen en el cual, como es conocido, tiene una especial importancia la consideración del determinante funcional del sistema de ecuaciones.

En lo que concierne a las ecuaciones de la economía la necesidad de este examen no ha sido siquiera sospechada: de ser-

lo, el examen quedaría tal vez sin contestación, mientras por lo menos no se defina de alguna manera el carácter analítico de las ecuaciones, con las cuales se opera.

Sería esta una falla a la cual podríamos tal vez resignarnos.

Pero hay otra incomparablemente más grave: es la absoluta impotencia de la teoría para resolver cualquier problema concreto, para darnos, es decir, cualquier proposición económica de carácter particular. A la pregunta: cuáles factores influyen principalmente sobre un fenómeno económico determinado, y cuál es la acción de cada uno de estos factores, pregunta que constituye la razón de ser de la economía y que, en resumidas cuentas, es del tipo de toda pregunta de carácter científico, contesta la economía pura de la escuela de Lausana, invariablemente: todo está en todo y defiriendo la contestación para el día, que nunca llegará, en que se puedan escribir y resolver los centenares de millares, o millones, de ecuaciones, que por ahora constituyen un perfecto misterio. La pretendida analogía de las ecuaciones de la economía con las ecuaciones de la mecánica nace de una confusión, no fácilmente explicable: la forma de las ecuaciones de la mecánica es completamente general, es cierto, pero a cada problema mecánico concreto corresponden ecuaciones particulares, las ecuaciones del problema, que obtenemos escribiendo en cada caso las condiciones del problema, reducidas, en conformidad no puramente verbal con el principio de las aproximaciones sucesivas, a lo que en ellas hay de esencial. No hay equilibrio en el universo mientras una cadena homogénea que imagino suspendida por sus extremidades, no haya alcanzado su posición de equilibrio: pero las condiciones de equilibrio de ésta no las deducimos de las condiciones de equilibrio del universo. Las obtenemos unicamente de la consideración de las fuerzas que actúan sobre la cadena, y que se reducen a una, su peso.

Si procediéramos en mecánica como Pareto y sus discípulos aconsejan que se proceda en economía, deberíamos escribir las condiciones de equilibro del universo, que incluirían, como ya observaba, las de la cadena. Hecho lo cual nos quedaríamos como atontados en presencia del perfecto berenjenal en que nos habríamos metido y seguiríamos ignorando la configuración de equilibrio de nuestra cadena. La ciencia de la mecánica no existiría.

* * *

En 1917 se celebraron en Lausana los veinticinco años de permanencia de Pareto en la cátedra. Economistas de todos los países de la Europa entonces en guerra se reunieron alrededor del festejado: Maffeo Pantaleoni representaba oficialmente y como ningún otro economista habría podido hacerlo, a Italia; a través de la Francia ensangrentada Charles Gide acudía llevando el saludo de la ciencia económica francesa. ¿Cómo se explica este consenso de admiración si la obra de Pareto, en cuanto es construcción doctrinaria, es estéril y condenada a permanecerlo? Ello se debe en gran parte, a mi entender, a dos causas, que se reducen tal vez a una sola, y que si todo itsmo no representara una violencia hecha a las cosas, podrían bautizarse como el criticismo de Pareto y su empirismo.

Las relaciones de causa y efecto no son vistas las más de las veces sino de una manera muy superficial e incompleta. Lo que llamamos causa y efecto sólo son en general las partes más visibles de un fenómeno, y un análisis más cuidadoso enseña casi siempre que la pretendida causa es el complemento de todo un conjunto de circunstancias, que determinan el efecto, y este complemento es muy distinto según que se tome o no en cuenta una cierta parte del conjunto.

Sea por una costumbre instintiva, sea de una manera conciente y metódica, suponemos que las relaciones entre los elementos son constantes, y todo cambio imprevisto hace que busquemos una causa. Todo cambio aparece como una perturbación; rompe el vínculo acostumbrado y plantea un problema.

Cuando las ciencias son muy desarrolladas emplean siempre más raramente los conceptos de causa y efecto, que no son sino provisorios malamente definidos e incompletos. Si además llegan a caracterizar los hechos por medio de magnitudes medibles, la noción de función permite representar mucho mejor las relaciones de los elementos entre sí, y esto queda cierto no únicamente cuando los elementos, en número superior a dos, dependen inmediatamente los unos de los otros, sino también cuando los elementos considerados dependen los unos de los otros indirectamente, por medio de una cadena de elementos intermediarios.

Si varios elementos se encuentran vinculados por una sola ecuación, cada uno de ellos es función de los otros y los conceptos de causa y de efecto resultan permutables.

Se trata de consideraciones, que recordamos en los términos en que Ernst Mach las formula y que constituyen un patrimonio común de todos los hombres de ciencia. Lo serían también de los economistas, si la educación científica de los economistas no fuera tan a menudo imperfecta o ausente. De cualquier manera, es sobre ellas que funda Pareto su crítica de las teorías económicas y, en particular, de la teoría central de la economía, la del valor.

Se preguntan los economistas cuál sea la causa del valor de los bienes y contestan a veces que es su utilidad, su aptitud, es decir, para satisfacer nuestros deseos, a veces que es el costo que tenemos o que tuvimos que soportar para producirlos, que para alguien se limita a una forma particular de costo o de sacrificio, el trabajo. De hecho el valor depende de todos estos elementos y la discusión sobre cuál entre ellos sea la "causa" es, o carente de sentido, o equivalente a esta otra: cuál de estos elementos influye más en la determinación del valor. Pareto ha perseguido tenazmente y no sin eficacia todo olvido de estas consideraciones y toda oscuridad en su aplicación haciendo así "tabla rasa" de discusiones que precisamente por ser puramente verbales y descansar sobre el empleo de términos malamente definidos resultaban interminables. Y ha hecho con esto una obra que no por ser negativa y crítica no ha sido muy útil.

Hizo más: de la constatación de que no hay una causa sino un conjunto de concausas o de elementos determinantes dedujo que había que tomarlos en cuenta a todos; con lo que puso a la economía un problema que ella, como cualquier ciencia es completamente incapaz de resolver. De ahí la teoría que someramente expusimos y someramente criticamos. Es ahora sumamente significativo el hecho de que Pareto no se diera cuenta de la inexistencia real de su teoría y creyera encontrar en los hechos una confirmación experimental de lo que la teoría no había dicho ni podía decir desde que ella estaba irremediablemente condenada a no decir nada. Sumamente significativo porque este poder de ilusión de Pareto resultó contagioso, pero sobre todo porque evidencia cuán poco le importara a Pareto de teorías desde que, desechadas las anteriores a él por incompletas y no creada una nueva que pudiera reemplazarlas, él ni siquiera se dió cuenta de que no tenía ninguna a su disposición para interpretar los hechos. Y no se dió cuenta de ello porque los hechos le interesaron incomparablemente más que todas las teorías y su obra — obra sociológica y obra económica — se reduce a una

colección y clasificación de hechos, en cuya averiguación y determinación él puso una erudición segura y vasta, un espíritu científico y un amor a la verdad que nunca fallaron.

Tal es el Pareto no como lo vimos cuando, hace años ya, lo estudiábamos con admiración y entusiasmo juveniles, sino cual lo vemos ahora, volviendo a su obra casi lejos, y mirándola con la curiosidad que pesa y compara del hombre, que está de vuelta. No es tan alta ni tan vasta la casa, que dejamos, y que se dibujaba alta y vasta en la memoria, ni tan altos y tan verdes son los árboles que la rodean: casi se apena uno de tener que comparar la realidad con el recuerdo. Pero no habríamos podido hablar de la honradez de Pareto sin una honradez que la igualara.

HUGO BROGGI.